

Pues ahora juzga tú así las acciones de tu prójimo con ojos de caridad, si quieres ser juzgado en aquel Tribunal con benignidad: deja á los otros, que á cargo de Dios tienen la cuenta, y cuida tú solo de procurar el perdón de tus culpas con la gracia.

PLATICA L.

DE LA MURMURACION Y SUS DAÑOS.

A 17 de Abril de 1692.

CELEBRÓSE por singular acierto alguna vez lo que debemos lamentar nosotros por el yerro mas comun. Por feliz anuncio se tuvo en la contingencia lo que es tan grave como repetida desdicha en la malicia. Fué el caso, refiere Claudio Paradino, (ap. Drex. *Orb. Phae. cap. 25. §. 3.*) que cercada Jerusalén por aquel célebre capitán Godofredo de Bullon, éste con no sé qué intento, disparó una saeta á la torre de David, cuando ya uno, ya otro, y ya el tercero fueron atravesados y derribados tres pájaros, que al acaso volando por el aire, sin haber sido el blanco del tiro, fueron estrago del impulso. ¡Gran tiro, gritó la aclamación: tres pájaros con una saeta; gran acierto, tres blancos con una punta! Y dejó desde allí Godofredo por timbre á su gran casa de Lorena, en una saeta traspasados tres pájaros. Pues eso que por tan

raro en la contingencia se tuvo allí por feliz anuncio; por repetido, usual y frecuente en los tiros de la malicia, debieran nuestras lágrimas escribirlo por mote de la desventura mayor que padece el mundo. ¿Por ventura, pregunta ya, como si hubiera visto aquel suceso, San Bernardo, (*Ser. de Trip. cus.*) por ventura no es una lanza disparada la lengua de un murmurador, que con su envenenada punta derriba tres con un tiro, traspasa tres con un impulso, y mata tres con un golpe? *¿Nunquid non lancea est lingua ista? Profecto acutissima, utique tres penetrat uno ictu?* lanza despedida es tal lengua, que mata en la vida de la honra á aquel contra quien se dispara; mata en la conciencia al que gustoso la escucha; y mata en el alma al mismo murmurador que la asesta. ¡Oh, qué tres muertes las mas terribles, con un tiro tan ligero como una palabra; con una voz vuela una honra perdida y dos almas condenadas! Y siendo tan comun y tan repetido este vicio, cuando apenas hay honra segura por tales lenguas, no sé si diga que por tales lenguas son innumerables las almas que están en peligro. Aun los que siguen la virtud, los que parece que tratan de perfeccion, los que con gran cuidado se guardan de otras culpas, en la murmuracion, como en el último lazo del diablo, caen miserablemente, dice San Gerónimo: *Tanta hujus mali libido mentes hominum invasit, ut qui procul ab aliis vitiis recesserunt, in istud tamen velut in extremum diaboli laqueum incidunt.* (*Ep. ad Galat.*) Y nada aprovechará toda una vida de austeridades y penitencias, sean las que fueren, si la lengua no cesa en la murmuracion: *Etsi cinerem comedamus,* clama San Crisóstomo, (*Homil. 3. ad*

pop. post. med.) *nulla novis asperæ vitæ utilitas proderit, nisi à detractone abstinenceamus.*

No parece, pues, que se hace el debido concepto de la suma gravedad de esta materia, segun vemos la gran facilidad con que de todo se habla; no parece que hay un precepto de Dios, en que nos vá la salvacion en callar, segun experimentamos las cosas mas graves, mas secretas, mas ocultas, hechas platillo en las conversaciones, ó hechas donaire en los estrados. Ya, pues, con el octavo Mandamiento nos avisa nuestra obligacion gravísima el Catecismo: *¿Quién le cumple?* R. *Quien no juzga males ajenos ligeramente, ni los dice, ni los oye sin fines buenos.* De los juicios sin juicio hablé ya; de las murmuraciones tantas, que son un juicio, he de hablar ahora, que eso es decir y oír males ajenos sin fines buenos.

Detraccion, pues, ó murmuracion, que ya en lo vulgar de nuestra lengua todo es uno, definen los Doctores: (*D. Th. 2. 2.*) es quitarle, mancharle ó disminuirle injustamente su honra y fama al prójimo á espaldas suyas; á espaldas dije, porque si se le echa en la cara su deshonor, esa es contumelia; pecado gravísimo que ya otra vez lo dije. Pero la detraccion ó murmuracion, mas á lo traidor, á espaldas del ofendido, porque ni le quede lugar de defenderse, hace el daño en lo mas estimable de la honra. Vale mas el buen nombre, la reputacion, la fama, que las mayores riquezas del mundo, dice el mismo Dios: *Melius est nomen bonum, quam divite multe.* (*Prov. 12.*) Y si tan grave pecado es robar la hacienda ajena, ¿qué pecado será robar la honra? Peor es sin duda, mas infame á los ojos de Dios el murmurador que el ladrón; (*D. Thom. cit. art. 3.*) y con todo eso, tantos que se avergon-

zaran de ser ladrones, ¿no se avergüenzan de ser tenidos por murmuradores?

Cierto es que si la materia que se murmura es leve, faltas ligeras del otro, defectos meramente naturales, ó cosas, que aunque graves, son ya sabidas, notorias, públicas, esa murmuracion, si no la vicia mas el ódio, será solo culpa venial, es así; pero, ¡oh, qué peligro! Dejo la gran facilidad con que de una en otra palabra se pasa de lo leve á lo grave, de lo natural á lo moral, y de lo público á lo secreto. ¡Oh, qué difícil se refrena la lengua si una vez calentada se desboca! *Linguam nullos hominum domare potest, inquietum malum, plena veneno mortifero*, nos dice el apóstol Santiago; (Ep. 4.) pero aun dado que se detenga en lo leve, es sin duda que en este punto la materia leve no se ha de atender solo, segun lo que se dice, sino tambien respecto de qué personas se dice, y aun á veces en qué circunstancias se dice; porque lo que en unas circunstancias es leve, en otras respecto del que lo oye, ya con otras noticias que junta se hace grave. Lo que dicho de un hombre bajo que es mentiroso, es cosa leve, dicho de un hombre honrado, puesto en dignidad, prelado, sacerdote, que es mentiroso, es deshonor grave. ¡Oh, Dios! y si así debemos tantear en lo demas, ¿cuántas que se tienen por ligeras murmuraciones, son graves y gravísimas?

Haced en una sogá gruesa un nudo; desatadlo. Fácil se deshará. Bien; pues haced ahora ese nudo en un hilo de seda delgado, y desatadlo. ¡Oh, qué difícil! ¿No es nudo éste como aquel? Sí; pero vá mucho, que es muy delgada esta seda y es muy gruesa aquella sogá. Pues si es así, ¿cómo tan sin reparo se habla de la honra de la doncella,

de la casada honesta, de la viuda recogida? ¿Cómo se habla de sacerdotes, de religiosos, y aun de superiores?—Oh, que no es cosa de importancia.— ¡Ah, oyentes míos, que un pequeño nudo en la seda delgada dá mas que hacer que un grande nudo en la sogá gruesa. Aquí un mirar, una risa, una ligereza, si se cuenta, si se publica, suele hacer tanto daño á la honra, como allí una enormidad y una torpeza: *Muscae mordentes perdunt suavitatem unguenti*. (Eccl. 10.) Una mosca y otra, moscas son, pero le quitan al unguento su buen olor y su fragancia. Las hormigas, royendo por las raíces, se ha visto ya dejar sin verdor, mustio y seco á un ciprés levantado. Y si hemos de creer á Plinio, un pecesillo bien pequeño, basta para que mordiéndole por la quilla, detenga y haga parar todo un navío de alto borde.

Novi, dice de su experiencia el doctísimo Alpizcueta Navarro, y pudiéramos quizá nosotros decir de experiencia lo mismo: *Novi virum insigniter eruditum, et probum ab adipiscendo egregio quodam munere manere impeditum per culpas veniales vanitatis, et iracundiae falsas*. (Enchier. c. 18.) Conoció, dice; y podemos decir, conocimos uno y muchos hombres insignes, doctos, ajustados, que por venialidades que les impuso la murmuracion, perdieron grandes puestos. Pues si estos daños hace aun lo que parece ligero, ¿cómo se habla, cómo se cuenta, cómo se muerde tan sin reparo?—¡Oh, que yo no tengo intento de deshonrarlo! lo dije por hablar y sin advertir!—Si la deshonor que se sigue es grave, no os excusa de pecado mortal el que no tuviste intencion; y si el no advertir es porque ya teneis esa maldita costumbre de hablar mal, eso hace mas enorme la culpa. Si una fiera, un oso, un

toro, teniéndolo encerrado ó atado, se soltó una vez y hizo daño, no obliga la ley al dueño á que pague con tanto rigor el daño hecho; (*L. Si quadrupes, ff. quadrupes.*) pero si el soltarse ese toro es cada día por el descuido, pague el dueño, dice la ley: (*Qua vulgo ff. de Edilit Edict.*) pague el dueño los daños, que teniendo ya experiencia, es mas culpable su descuido.

Pero antes de pasar, es menester contener un muy vulgar error: *sin fines buenos*, dice el Catecismo; que cuando hay fines buenos no es la detraction injusta, y por consiguiente ni es culpa. El que por descansar con un amigo cuerdo, ó para tomar consejo ó ayuda, se queja del agravio que el otro le hizo: el marido con la muger, ó ésta con el marido, que para el buen gobierno de su casa se descubren entre sí las culpas graves del hijo, ó de la criada, esa no es culpa, ni lo es cuando algo se descubre solo á la persona interesada, y no á otra, para evitarle su daño grave. Trata uno de casar una hija; pregunta al otro si conoce á fulano, y qué le parece. Si éste sabe de aquel algun grave defecto, que es judío, que es moro, ú otro tal, no solo puede, sino quizá debe descubrirselo á aquel solo con secreto, para que evite su daño. Lo mismo digo, si se hace informacion para una religion, ó para el sacerdocio, ó para un puesto, (que en tales casos no es caridad por uno dañar á toda una Comunidad callando) debe decirse, aunque todo con secreto, lo que se sabe; y si basta decirlo á uno solo, no se ha de decir á dos, que sin intencion de hacerle mal á otro, hacerle bien á este, no es culpa. No siempre es prohibido, dice la Ley, disminuirle al vecino la luz de su casa, por levantar yo mi casa enfrente, que solo se prohíbe quitarle injusta-

mente la luz: *Licet vicini luminibus officere, si ei servitutem non debemus.* (*L. Cum eo, ff. de Serv. prae urb.*)

Ya pues, ¿en qué está lo injusto de la murmuracion y lo mas grave de su serpentina malicia? ¡Oh, qué abismo, en que tantos bajeles naufragan! Lo primero y gravísimo, levantar con mentira lo que el otro no hizo, el defecto grave que no tiene. Lo segundo, aunque no sea del todo mentira; pero es, como tantas veces vemos, haciendo de un mosquito un elefante, dando cuerpo á lo que en sí fué nada, exajerando, ponderando, vistiendo la accion en sí ligera: ojos graduados como ciertos vidrios, que mirando por ellos, la que es hormiga ya parece una tarasca: lenguas, que abundando en ellas la propia malicia: *Os tuum abundavit malicia*, (*Ps. 49.*) crece en ellas y toma cuerpo la agena deshonor: *In ore tuo crevit malitia*, leyeron otros. Pero aunque sea verdad todo, y es lo tercero, si es secreto, si es oculto, y por una maldita lengua se descubre.—¡Oh, que es verdad!—Hombre sin alma, muger sin conciencia, ¿qué importa que ello sea verdad, si solo el descubrirlo es tu condenacion? ¿Cuántos se hubieran recobrado si no se hubiera hecho pública su deshonor?

Los antiguos espartanos iban siempre vestidos todos de colorado á la guerra. ¿Sabeis por qué? Porque no viéndose la sangre de las heridas, no desmayasen en la peléa: haya heridas, mas no se vea la sangre que desmaya. ¿Cuántos y cuántas se hubieran mejorado de su desdicha, se hubieran levantado de su caída, si con publicarla un murmurador no les hubiera quitado todo el aliento? ¡Y qué pérdidas, y qué daños, y qué consecuencias? La que por eso no se casó y se perdió; la que por

eso perdió el marido, y se remató; el que por eso dejó el camino de la virtud, y se arruinó; el que por eso perdió la comodidad ó el puesto, y se precipitó: pues de todas dará cuenta esa lengua de demonio.—¡Oh, que yo dije lo que á mí me dijeron!— No es excusa, que puede aun todavía estar secreto, y se publica porque tú lo repites y lo cuentas: *¿Audisti verbum adversus proximum tuum? commemoratur in te, fidens quod non te dirumpet*, dice el Espíritu Santo. (*Eccles. 19.*) ¿Oisteis á algun deslenguado una palabra contra el prójimo? sepúltala como muerta en tú pecho: muera en tí esta noticia: calla, que no reventarás: *Non te dirumpet*. Pero luego al punto, apenas se oyó, á contarla. No es siempre excusa del gravísimo pecado mortal decir: me lo dijeron.

El cuarto modo de murmurar tiene mas de perverso y de maligno. Tuerce el murmurador y glosa lo que es, ó indiferente ó bueno; y lo explica, ó segun su ódio, ó segun su malignidad, ó segun su envidia:—no es todo virtud las idas á la Iglesia, no es todo cortesía las visitas que yo sé.—¡Oh, desventurado!

Del camello refiere Plinio, (*Plin. l. 8. c. 19.*) que al llegar á beber, como si el agua está clara y cristalina, ha de ver su propia fealdad retratada, ¿qué hace? Con la boca enturbia el agua, levanta con la boca el lodo, y luego bebe. ¡Ah, bruto feo: ah, bestia tosca! y por dejar así el agua turbia, ¿dejas tú de ser camello? ¿dejas tu giba? ¿dejas tu fealdad? ¿Qué te hace el agua cristalina, que por parte tú la enturbias?

Por último, aun con callar se murmura peor: *Si yo dijera: no quiero decir nada: yo sé, yo sé.* ¡Oh, que términos del infierno, de donde sacan todo el

tizne contra la honra! Aun con solos ademanes, meneos de cabeza, gestos y señas, se hacen en esto gravísimas deshonras y pecados mortales. Aun con alabar, ¿quién tal pensara? aun mostrando lástima del otro, ¿quién tal creyera? se despedaza la honra y la fama: Fulano, buen hombre dicen que es, ea; y deshace el tonillo, el gesto y la mano lo que dice la voz: Fulana, dicen que es honrada: es Fulano un hombre tan honrado, tan puntual en todo; ¡y que no quiera dejar aquella mala amistad! Fulano, gran caballero; ¡y qué así manche su sangre con quitar lo ajeno! ¿no es lástima? ¡Ah, trazas de lenguas del infierno! Echa aceite el pescador en el agua para clavar mas certera la fisga: *Molliti sunt sermones ejus super oleum, ipsi sunt jacula.* (*Ps. 54.*) Del leon, dice Plinio que tiene la lengua tan áspera, que aun cuando lame con ella, saca sangre: aun sin mover los dientes, su lamer, que parece alhago, hace llaga.

Pero despues de todo, ¿cuál les parece que será peor: el que así murmura ó el que se lo está escuchando? Pregunta es de San Bernardo, á que responde: *Quid horum damnabilius sit, non facile dixerim.* (*S. Ber. l. 2. de consid. ad Euge.*) No es fácil determinarlo, dice; pero en otra parte lo determina el Santo así: ¿Sabeis, dice, la distincion que hay entre uno y otro? Pues es esta: que el que murmura tiene al demonio en la lengua; pero el que lo escucha tiene al demonio en el oído. (*S. Bern. Ser. de Tripl. Custod.*) Poco vá á decir: el que lo escucha, se entiende, gustando de oírlo, ó provocándolo con sus preguntas: ¡ah, mugeres curiosas de vidas ajenas! el que lo escucha, pudiendo cómodamente, ó mudar la conversacion, ó dejarla, ó mostrar con el semblante su disgusto; y no lo hace.

Y ya, si tan general es este funestísimo vicio, que como de él apenas hay honra que se escape, así también apenas hay lengua que se libre; si es la abominación de los hombres un murmurador: *Abominatio hominum detractor.* (*Prov. p. 4. 9.*) Y si es murmurador, al mismo Dios es aborrecible: *Detractores Deo odibiles,* (*Ad. Rom. 1. v. 30.*) si de su veneno sentimos y lloramos tan patentes los daños, temamos de su malicia las eternas condenaciones; y baste, de millares, este escarmiento.

Un eclesiástico, refiere Henrico Gran, (Henr. Gran. C. c. 57) que habiendo sido en su vida gran murmurador, dióle la enfermedad de la muerte; y viendo que se acercaba el mas grave peligro, exortábanle los amigos á que se dispusiese y tratase de su salvacion. Resistialo él; instaban ellos, hasta que cercado de todos, la respuesta que dió, fué que, apuntando á la lengua, dijo: *Esta me lleva al infierno.* Sacó la lengua al decirlo; y al punto hinchándosele con una deformidad horrible, no la pudo mas entrar en la boca; y así tan fiero como un demonio despidió el alma. ¡Gran desventura perder el alma por la lengua, pudiendo ser la lengua el mejor instrumento por donde consigamos la gracia!

PLATICA LI.

DEL TESTIMONIO FALSO EN JUICIO, Y DE LA OBLIGACION DE
RESTITUIR LA HONRA QUITADA.

—
A 24 de Abril de 1692.
—

SOBRE el sumo mal, no entendí yo que pudiera haber otra cosa mas que temer. El infierno, centro sin descanso de todas las desdichas, junta sin union de todas las desventuras, extremo sin fin de todos los tormentos, ese es el sumo de los males. ¿Quién á solo el nombre del infierno no se extremece? ¿Pues hay otra cosa que temer mas? Hay otro mal que en su comparacion aun es peor. ¿Peor que el infierno? ¿Qué mal puede haber ni aun que se le compare, sobre estar allí juntos todos los males? ¿Qué cosa puede haber, que en comparacion del infierno nos haya de poner mas temor? ¿Saben qué? una mala lengua: no lo digo yo, sino el mismo Espíritu Santo: *Utilis potius infernus quam illa.* (*Eccl. 28. 25.*) ¡Oh, Dios! Bien sé yo, enseñado en las Divinas Escrituras, que en una mala lengua se amontonan todos los mayores